

## EL PUENTE ERICKA GISELLE SEJAS NORIEGA

—Tienes que usar la vacuna de una vez, ya sé que el pinchazo en la médula suena terrible y lo es, a pesar de ello, vale la pena. Nos evitaríamos tantos inconvenientes, bueno, me los evitarías...

Ricardo se detuvo en “la milla verde”, como llamaba al pasillo del estudio de su madre, no tanto por el color del piso y paredes de baldosas de hospital, sino porque consideraba a aquel túnel de desinfección como el callejón donde desperdiciaba vida cada vez que tenía que enfundarse en el traje de bioseguridad. Encarnación pausó la película justo cuando Harrison Ford decía en vos en off desde una época futurista para los ochentas, sin embargo, para ese entonces ya había quedado en el pasado: “nadie solicita asesinos en un periódico, esa era mi profesión...” para escuchar mejor lo que decía su hijo que acababa de entrar.

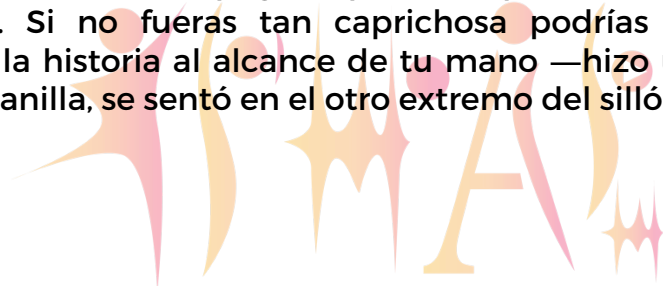
—...además, ya están disponibles las actualizaciones del antivirus contra el estrés y la ansiedad y hasta están haciendo pruebas para frenar el envejecimiento. ¿Puedes creer?

—Claro que lo puedo creer hijo —Encarnación echó una revisión rápida con la mirada a su sala, en aquél desorden pasaría desapercibido hasta un cadáver, más aún la trampa que había preparado. Ricardo era un digital, o inmune como se llamaban entre ellos, Encarnación tenía que desconectarlo de la red durante dos horas sin que él sospeche. Si la descubría, el Nuevo Orden lo sabría de inmediato—. Ahora que son dueños de sus códigos genéticos pueden hacer lo que les venga en gana con ustedes. Lo que no puedo creer es cómo se los permiten, es más, cómo son tan imbéciles de agradecerles.

«El todo es mayor a la suma de las partes» pensó en el slogan del Nuevo Orden, respondió: —Si no lo sientes no lo entiendes —entró en la sala.

Encarnación aprovechó que su hijo descubría su manilla ABI (asistente biométrico integrado) del traje, para ocultar la tarjeta lectora de recuerdos dentro del corpulento libro de historia: “La pandemia del 2020”, que estaba encima del caos de la mesa de té.

—¿Otra vez esta película? —dijo Ricardo apenas vio la pantalla pausada, su voz sonaba apagada por el respirador, su entonación era monótona—. Si no fueras tan caprichosa podrías tener todas las películas de la historia al alcance de tu mano —hizo un ademán para sacudir su manilla, se sentó en el otro extremo del sillón.



—La puse porque tenemos una apuesta pendiente. ¿Recuerdas?  
—Claro, desde que era un adolescente y entendí la película mejor que tú —contuvo la sonrisa sólo apreciable a través de los labios apretados por una fracción de segundo, hasta que del gesto sólo quedó la tensión—. Aunque cada vez que la vemos me sales con tus teorías para no aceptar que perdiste. Y como apostamos lo que pida el ganador, pido que uses la vacuna.

—¡Deja de llamarla vacuna! solo son quince putos mililitros de nanobots autoreplicantes que actúan de la misma forma que un puto virus para albergarse en las células y controlarlas, y reproducirse, Y tomar el maldito control.

—Pero estos no matan. Salvan —respondió Ricardo después de respirar hondo.

—¿A qué costo?

—A que costo puedes mantener tu caprichito. Hace veinte años que no sales de ese ridículo traje. Hace veinte años que no puedo contar contigo.

—No quiero contagiarme —dijo Encarnación con un hilo de voz.

“Ricardo, (interrumpió una voz andrógina) tu ritmo cardiaco ha aumentado en tres por ciento y tu temperatura un décimo por encima de tu programación. Aceptas la estimulación del hipotálamo para liberación endorfinica y corti...”

—¿Puedes apagar ese cochino grillete? Sabes cuánto lo odio.

Ricardo silenció su ABI. Desplegó la manilla como un pergamino virtual hacia su dorso izquierdo. Negó las sugerencias del asistente médico, aunque sabía que ya habían sido reportadas a la red. De todas formas, esa noche se actualizaría con el nuevo antivirus y nunca más tendría que realizar estas acciones de forma manual, o peor aún, de forma real. Una vida de salud mental lo esperaba. No extrañaría la desesperación o impotencia que solo le provocaba su madre.

Aprovechó en revisar algunas notificaciones, había recibido 791 Q-bit (debit qubit), no se preocupó porque su arca iría disminuyendo apenas se pusiera en modo ultra privado. Tenía suficiente acumulado por haber transmitido sin parar por un año, desde la última vez que había estado ahí, suficiente como para no preocuparse aunque se quedase también un año. Intentó dedicar un pensamiento para corresponder al que su target sugerido por la red, le había dedicado. Pese a su esfuerzo, en ese instante no podía pensar en nada más que en lo que pasaría. Antes de que esos pensamientos se compartan comenzó el corte de transmisión.



Tocó el ícono que tintineaba en rojo. Respondió tres veces que no estaba en peligro, que sí estaba seguro y confirmó la acción, entonces se puso en modo ultra privado después de que la red cotejara sus respuestas con su geolocalización, signos vitales y conexiones neuronales. Veintinueve eslabones en su cadena inmediata reportaron la desconexión. Tres de ellos eran de cinco estrellas, uno además era programador y miembro del consejo del Nuevo Orden, quien monitoreó los nanobots de la corteza cerebral del probador nivel tres.

Encarnación sintió que recuperó a su hijo, dos horas por lo menos, respiró con alivio. Ahora, tenía que activar la tarjeta lectora de memoria a menos de un metro del objetivo; la terminal móvil emuladora de la red, que había disfrazado dentro del libro de historia, no era tan potente. Levantó la tapa como si fuera un movimiento descuidado, presionó “comenzar” y cerró el libro en el mismo lugar, en medio del caos de la mesa de té. Se había conectado con la red, la tarjeta ya almacenaba la información. No había muchos probadores nivel tres, de cuatro estrellas con acceso a casi toda la información de la red, y Ricardo era el único que cruzaba el puente. Si ella no accedía a meterse en la memoria de su hijo, otro lo haría y sería peor.

Los ingenieros le habían asegurado que la lectura funcionaría esta vez, no como el último intento en el que fracasaron porque los digitales desterrados, con los que experimentaron, no tenían la última versión del antivirus, pero la chica que secuestraron, sí. Sobre todo, los ingenieros le aseguraron que la lectura no conllevaría ningún efecto colateral para su hijo, ella les creyó, todos sabían que ya no dudaba al apretar el gatillo.

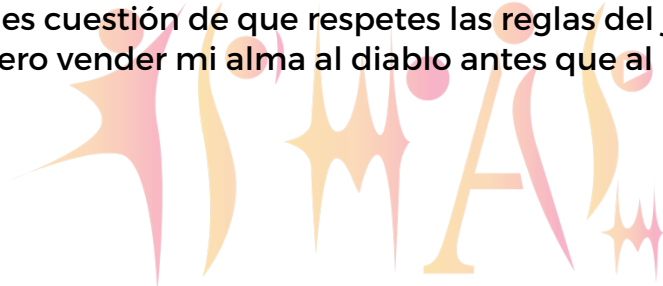
Ricardo estiró el brazo que portaba su ABI hasta dejarlo colgado del apoyadero del sillón, lejos de su cuerpo. Habló con voz baja pese a estar desconectado, las costumbres de su infancia eran difíciles de olvidar, más aún al lado de ella.

—Entonces, ¿por qué insistes en quedarte en el área de cuarentena? ¿por qué no aceptas al Nuevo Orden y vienes conmigo al otro lado del puente? Ganarías estrellas rápido, nunca pasa de moda ver cómo se adaptan los... nuevos —echó una mirada alrededor, la acumulación de su madre había empeorado el último año.

—No tengo pelos en la lengua. Me suspenderían al tiro y no tendría *Q-bit* para sobrevivir en su burbuja de cristal. Hay muchos retractores en este lado, créeme, aquí no se los trata mejor.

—Solo es cuestión de que respetes las reglas del juego y punto.

—Prefiero vender mi alma al diablo antes que al Nuevo Orden.



—No te entiendo, ¿No me acabas de decir que no querías contagiarte? —Ricardo exhaló por la boca para tranquilizarse, su visor se nubló, a medida que se disipaba miró fijamente al libro sobre la mesa de té, pasó su dedo enguantado por el título—. No tienes idea de cómo mutó el virus en estos veinte años. Ahora es de una cepa tan agresiva que los que lo contraen prefieren correr hasta el puente y lanzarse de él antes de soportar la inflamación de sus órganos, mientras la fiebre los fríe, menos mal ya no pueden sentir el olor a su cerebro cocinándose, sus dientes quedan enterrados en sus encías, su lengua se hincha obstruyendo la respiración, sus costillas se fracturan desde adentro. ¿Sabías que los ojos son los primeros en estallar? Qué muerte tan cruel, es como experimentar varias al mismo tiempo.

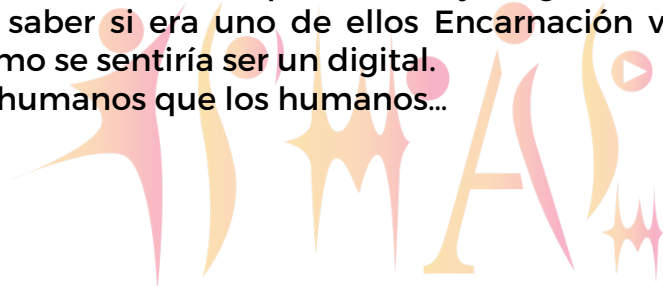
Lo que Encarnación no quiso decir es que el virus la tenía sin cuidado, estaba acostumbrada a vivir con esa amenaza, lo que temía contagiarse era del antivirus, por eso le pedía a su hijo que se pusiera el traje cuando la visitaba. Para nadie era un secreto que el Nuevo Orden había esparcido una versión gratuita “el antivirus demo” que flotaba en las partículas nanobióticas expelidas por los digitales y que los analógicos podían procesar la simbiosis de forma espontánea, sin darse cuenta de ser portadores hasta que los nanobots se alojaban en el bulbo raquídeo, y la asimilación se efectivizaba en un par de días. Los huéspedes desarrollaban inmunidad, sus sentidos se aguzaban, su capacidad mental aumentaba y sus dolencias disminuían, claro que el efecto era pasajero. Después de un mes, la abstinencia los obligaba a cruzar el puente para rogar al Nuevo Orden por los despreciados trabajos manuales a cambio de la versión premium. No obstante, prefirió callar, Ricardo había levantado el libro, y antes de que lo abriese, Encarnación apretó *play* en el control remoto. Harrison Ford rompió el silencio con su monologo: “... ex policía, ex *blade runner*, ex asesino”.

—Deckard, eres un replicante —Dijo Ricardo volviendo su vista a la pantalla. Dejó el libro en el sillón, al medio de los dos.

—Es un maldito humano salido del útero de su madre. Hecho al estilo de la vieja escuela —Encarnación dobló los codos y realizó un obsceno movimiento pélvico, Ricardo la ignoró—. Míralo, hasta se parece a ti, si sonrío se le parte la jeta.

Mientras en la pantalla se veían a los cuatro replicantes modelos Nexus 6 que Deckard tenía que “retirar” y luego analizaba los ojos de Rachel para saber si era uno de ellos Encarnación veía a su hijo. Se preguntó cómo se sentiría ser un digital.

—Más humanos que los humanos...



Dijo en la pantalla el creador de replicantes cuando confirmó que Rachel era un experimento al que implantó recuerdos, esas palabras sacaron a Encarnación de sus pensamientos. «Más humanos que los humanos», repitió en su interior.

—Humano, aunque te hayas vuelto inmune también a la humanidad.

—¿Humanidad? Dice la individualista —respondió Ricardo sin dejar de ver la pantalla y sin saber si se refería a él o a Deckard —, cuanta humanidad la del crimen, la injusticia o el egoísmo. La lista es larga y erradicada al otro lado.

—Al igual que la libertad.

—Y cuan libres pueden ser dentro de esos trajes —ni un músculo se movía en su cara ni una nota variaba en su entonación.

—Mi cuerpo está confinado a este encierro, sí, pero mi mente es libre de pensar lo que le dé la puta gana —Encarnación, en cambio, gesticulaba cada palabra con exageración.

—Si controlarían mis pensamientos, no hubiera cortado mi transmisión. ¿O sí?

«Quizá eso es justamente lo que quieren», pensó Encarnación con un escalofrío. Tamborileó los dedos enguantados sobre la mesa, ya no tenía marcha atrás. Ricardo continuó: —Para que veas que la mayor liberación es no ocultar nada.

—Yo creo que fingen sin descanso. —Encarnación miró el libro, pensó en arrojarlo por la ventana, sin embargo, se quedó quieta, muda. Sabía que los ingenieros no confiaban tanto en ella como aseguraban, también sabía cómo se castigaba a la traición de ese lado del puente, ella misma había sugerido muchos correctivos. Aunque pensó que su hijo, en cierto sentido, tenía razón; apenas recuperó el habla dijo—: En privado es cuando realmente somos genuinos.

—¿Cómo se siente tener secretos? No es una carga pesada —levantó el libro. Encarnación se lo arrebató de las manos, y con un movimiento torpe lo puso a un lado, como haciendo espacio en la mesa atiborrada de todo tipo de objetos.

—Como toda buena madre, te preparé tu platillo favorito —dijo mientras se dirigía a la cocina en el mismo monoambiente.

Calentó la pasta casera. Cuando la salsa ebullicía le echó un chorro de vino. Levantó su visor lo suficiente como para tomar otro de la botella sin perder de vista cada movimiento de su hijo. Se limpió con la manga y volvió al sillón con los platos.

Ricardo abrió su visor, aspiró profundo. Sin perder tiempo, enrolló el tenedor en los espaguetis. Cuando mordió una albóndiga,

salpicó salsa roja, mientras en la pantalla el fabricante de ojos para replicantes sujetaba una de sus viscosas creaciones que brillaba dorado, y dos replicantes con el mismo brillo en la mirada inexorable, inmutable, lo torturaban. Ese fabricante no era capaz de prolongarles la vida de cuatro años, solo proveía ojos artificiales al verdadero creador: el fabricante de mentes. Cuando supieron cómo encontrarlo cambió la escena.

Las calles eran atiborradas y oscuras, la lluvia constante; a las gigantescas edificaciones las rodeaban autos voladores. Un 2019 muy diferente al que ocurrió, en el de la vida real brotó el virus. Veinte años después, la ciudad estaba dividida en dos partes, una enorme, cambiante por su arquitectura estilo lego y su adicción a alquilar desde el mobiliario hasta el vestuario según la temporada; en cambio la otra parte era pequeña, estática, moribunda, más parecida a la película. Aunque en ese lado del puente todavía se podía comer de verdad. Los digitales maximizaban sus recursos. El laboratorio energético estaba trabajando en una actualización capaz de almacenar la energía cinética del cuerpo. Tarde o temprano lo lograrían.

—Quisiera compartir con la red cómo se sienten estos sabores, cuando uno está desconectado los recuerdos varían —Ricardo habló con la boca llena.

—¿Ya pueden hacer eso?

—Aún no, pero pronto las emociones también podrán ser compartidas, hasta ahora solo conocemos las ajenas, claro que no las podemos experimentar. Demasiadas variables. Te imaginas golpear a alguien y sentir su dolor, su frustración, ya nadie lo haría. Ese es el máximo principio de la compartición de información.

—¿No querrás decir sentimientos? —Encarnación esperaba que Ricardo terminase de comer para ella comenzar. Los compresores de aire integrados al traje no funcionaban con los digitales, sus partículas eran muy pesadas para flotar.

—Sí, claro, sentimientos. Al fin y al cabo todo son datos.

—No todo, mi amor por ti no es reductible a ceros y unos.

—Los ceros y unos son cosa del pasado, con los qubits todo es probabilidades. Información exponencial que hay que almacenar y compartir. Así la red crece y todos crecemos. Así, esa información, sentimientos o recuerdos, existirán después de ti. ¿No te parece genial? —Sonrió con expresión forzada.

En la pantalla, Deckard le decía a Rachel que era una replicante modelo Nexus 6. Ella no creyó en un principio, no le importaba que él sea el mejor cazador de replicantes, esa vez, tenía que haber cometido

un error. Ella había tenido una madre, había tenido una infancia con alegrías y traumas ¿cómo podía ser artificial? ¿cómo podía tener apenas unos meses si había vivido toda una vida? Una lágrima cayó de sus ojos de brillo dorado.

—La entiendo. A veces, los recuerdos son lo único que me queda —dijo Encarnación con aire meditativo.

—Si usarías la vacuna tus recuerdos estarían compartidos en la nube.

—Los tengo en mi memoria —comenzó a exasperarse.

—Pero no son exactos.

—Quizá eso los haga mejores de lo que fueron.

—¿Aunque se pierdan?

—De qué carajo me sirve que se queden cuando yo no esté. Mis recuerdos tienen que morir conmigo.

—Al principio, la información moría con el que la sabía, hasta que se inventó el lenguaje y ya no era necesario descubrir todo desde el principio. Con la escritura la base de datos creció de forma exponencial de la mano del progreso. Ahora, toda la información, todo lo que sabe cada eslabón lo sabemos todos; por eso, el progreso de los últimos 20 años serían 200 de antes. Te imaginas que...

—Estoy segura que el algoritmo te lavó el cerebro.

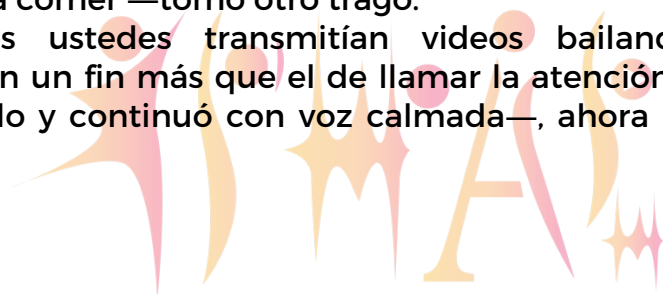
—Falacias que se dicen para mantener su club de la pelea, donde levantan el nombre de la libertad para justificar su libertinaje —Ricardo se limpió la boca con elegancia, cerró su visor como queriendo protegerse del veneno que acababa de expeler o la furia que acababa de despertar y se reclinó sobre el espaldar del sillón.

—Para ustedes no obedecer las reglas es inconcebible, incivilizado rescindir el contrato social. ¡Nosotros no tenemos amos!

—Tampoco autocontrol.

—Ustedes no se autocontrolan, los controlan. Por eso les hicieron creer que la privacidad es sinónimo de depravación, porque supuestamente a solas se realizan los peores actos. Los actos realmente atroces se los ejecuta delante de una gran audiencia, en medio de aplausos y vítores, como cuando usaron el miedo a la muerte para crear una camada de cachorros domesticados con el collar de ahorque en la muñeca —tomó aire—. Al otro lado del puente, el hombre ya no es un lobo, es su perrito faldero que aprende a hacer piruetas para comer —tomó otro trago.

—Antes ustedes transmitían videos bailando o haciendo payasadas sin un fin más que el de llamar la atención —dijo exaltado, respiró hondo y continuó con voz calmada—, ahora no transmitimos



solo para ganar estrellas, es responsabilidad social. Cada segundo la red crece tanto y tan rápido que en algún momento va a poder predecir todo.

—Puedes creer la mierda que te venga en gana, a mí me parece escalofriante que eso se cumpla —otro sorbo—. No tienen ni idea...

—Ese es el problema, las ideas no concuerdan. Se necesita un fin común.

—¿Cuál es su fin común? —Encarnación enrollaba y desenrollaba el espagueti en el tenedor.

—La perfección —dijo Ricardo clavándole la mirada. Encarnación analizó los ojos de su hijo. Un destello acerado la obligó a bajar la mirada.

—La perfección es... está fuera del entendimiento humano. La condición humana no admite... Es que... no hay sistema a prueba de errores.

—A los errores hay que disminuirlos a su mínima expresión hasta erradicarlos.

—Ese pensamiento ha ocasionado todas las guerras —dijo en voz baja.

—Guerra, guerra, guerra. Siempre pensando en términos de guerra. Desde la edad de piedra hasta la era del silicio, las guerras han construido la historia ¿dónde pusiste ese libro? —lo buscó con la mirada, al encontrarlo debajo de otros continuó—. Y ahora, en plena era del grafeno esa palabra solo sirve para describir al pasado.

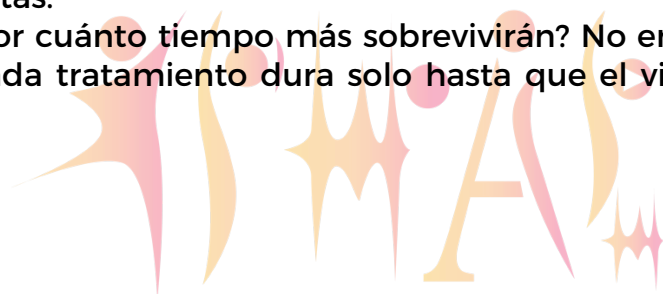
El ardor en la garganta después de otro sorbo explotó en sus palabras.

—Lo dice el súbdito de la puta corporación que se erigió sobre la muerte de la mitad de la población, para controlar al resto. La corporación que esperó el momento oportuno para erigirse como la salvadora, a cambio de poder absoluto. Lo que quedaba de los gobiernos la alababan mientras se bajaban los pantalones para ser sometidos, y las soberanías fueron sus rameras. Perdóname, así es cómo recuerdo a la historia, tú ya tenías edad suficiente para saber cómo pasaron las cosas.

—El Nuevo Orden nos salvó de la extinción. Me salvó.

—Te hubieras recuperado. Muchos sobrevivimos sin la vacuna —evitó su impulso de tomar otro trago, esa noche debía tener los sentidos alertas.

—Y ¿por cuánto tiempo más sobrevivirán? No entiendes que me importas. Cada tratamiento dura solo hasta que el virus muta, por lo





que sé aún no pueden con la anterior cepa. Tienes que aceptar que la naturaleza está enviando un mensaje.

—De ninguna forma voy a aceptar que el plan del Nuevo Orden es un proceso de evolución natural —golpeó el apoyadero del sillón. La torre de libros se desplomó. Encarnación levantó el de historia y lo puso de nuevo en la mesa.

Ricardo, subió el volumen de la antigüedad de 50 pulgadas en la que se veía a Deckard en el retiro rutinario de una replicante, según el informe, para él acababa de dispararle por la espalda a una mujer desconocida. Por más que lo intentó Ricardo no pudo prestar atención, sus pensamientos estaban descontrolados. «Estoy harto del discurso del homo sapiens exterminando al pobre neandertal si nunca se llegaron a enfrentar, la especiación decidió que unos fueron mejores y los otros, historia. Como ustedes. Como tú, como yo cuando los niños nazcan con la vacuna integrada». Sintió lástima por su madre, «siempre pensando “vencedores, perdedores”. No entiende que esos conceptos no existen cuando todos trabajan por lo mismo». Su lástima se transformó en tristeza. Al sentirla cerca, desapareció.

El programador observó cómo los niveles de los neurotransmisores del probador nivel tres volvían a estabilizarse sin estimulación remota. Esa información le serviría para afinar el algoritmo de las emociones. Algún día descifraría el subconsciente y entendería por qué todavía algunos eslabones se resistían a los nanobots. Ricardo había iniciado su proceso de inmunidad a los quince años. Para esas alturas había pasado más tiempo siendo digital que analógico y aún sus defensas naturales luchaban matando a las células alteradas, aunque no tardaban en replicarse, vivía en una constante batalla interna. Si su código genético no tenía nada especial, tenía que ser otra variable.

—Ya sé, si yo gano me mostrarás esa base de datos —dijo Encarnación.

Chocaron los puños enguantados. Las apuestas estaban dichas, todo dependía de que Deckard sea o no un replicante. Aparentaron atender la película, pese a que en el interior cada uno tenía la cabeza en otro lado, Ricardo en lo que iba a pasar y Encarnación en lo que había pasado. Al principio, defender los derechos de los analógicos era un acto de paz, a esas alturas se había convertido en una excusa para la guerra. Recordó la última.

La tarde que se enteraron de la epidemia veían esa misma película, comiendo esa misma comida en ese mismo sillón. En ese entonces, la noticia de un virus en China les pareció una realidad tan

lejana «cómo iba a saber que en unos meses el maldito se diseminaría por todo el mundo». Nadie se había imaginado que quemarían los hospitales para impedir el ingreso de enfermos, que los muertos se amontonarían en las calles y que también los quemarían, esa vez para que los perros no se los coman, o menos que en plena cuarentena comenzarían las guerras civiles. Los militares salieron a las calles en medio de aplausos hasta que la cadena de mando se rompió por miles de eslabones que prefirieron cuidar de sí mismos. Otros simplemente se cambiaron de bando. Los asaltos fueron cada vez peores y el dinero dejó de importar. Los gobiernos se derrumbaron, mientras más alto estaban sus caídas fueron peores. La violencia mató más gente que el virus. «La segunda vez que entraron a robarnos él se contagió. Ese maleante hijo de puta estaba enfermo y le escupió en la cara, si tan solo no hubiera sido tan pelotuda y le hubiera volado los sesos unos segundos antes».

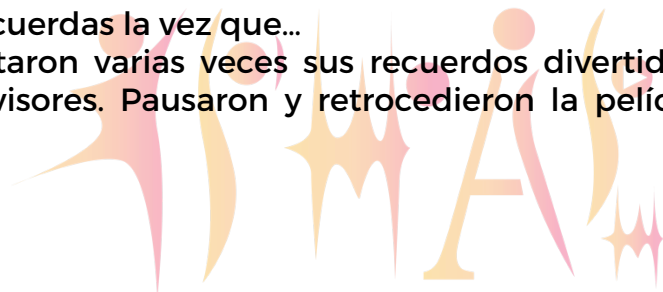
Recordó cómo la competencia por la cura fue sangrienta. Equipos enteros de científicos aparecían muertos en los laboratorios, sus computadoras vaciadas, sus experimentos robados. Hasta que un día se anunció que el ganador fue el Nuevo Orden con su prometedor vacuna de nanobots, y la gente salió a festejar a las calles, ya no importaban los contagios, estaban salvados. Y entregaron al Nuevo Orden todo lo que tenían, a esas alturas, su lealtad y sumisión fue más que suficiente. Comenzó a erigirse la flamante sociedad sobre los escombros aún calientes, la corporocracia puso las nuevas reglas del juego y los que no las aceptaron tuvieron que dejar las ciudades. Encarnación, cruzó el puente sola, en su destartada camioneta. Ricardo estaba feliz con su segunda vida, el programador estaba feliz monitoreándola.

«¿Cuánto quedará de él? Dicen que la vacuna tarda siete años en replicarse en todas las células, él la lleva veinte. Ya es más humano que los humanos».

La noche llegó de golpe. La noche era más oscura de ese lado. La lluvia golpeó el vidrio, en el otro lado las calles estarían vacías, todos sabían tres meses antes el minuto que caería una ligera llovizna. En cambio ahí escuchaba gritos, carreras y bocinazos, como antes. Ricardo no hubiera ido si su madre no se lo pedía con esa urgencia con la que pedía todas las cosas. Pero se alegró de estar ahí, se alegró de no haber aceptado la estimulación de neurotransmisores, quería sentir.

—Te acuerdas la vez que...

Recontaron varias veces sus recuerdos divertidos. Rieron hasta opacar sus visores. Pausaron y retrocedieron la película varias veces



mientras rememoraban escenas de su vida juntos. El programador no podía explicarse por qué aún tenía problemas con los probadores de nivel tres. Los del nivel uno, no presentaban contratiempos en la salud, los del nivel dos tampoco en el coeficiente intelectual. Al ascender, las emociones lo complicaban todo.

El momento que su visor volvió a transparentarse, Ricardo gritó: —¡Ya te descubrí!—. El corazón de Encarnación dio un vuelco. Estaba por comenzar sus disculpas cuando su hijo saltó del sillón, corrió hasta la reliquia para buscar una imagen cuadro por cuadro. El lector de memoria soltó un bip, el objetivo se había alejado. Temblorosa, Encarnación aprovechó en revisar la lectura: 89 por ciento.

—Así quería encontrarte —dijo Ricardo, esa vez con vos calmada. Encarnación estaba al borde de un paro cardíaco, hasta que vio la imagen pausada en la mirada dorada de Deckard.

—No es el brillo de los replicantes —respondió recuperando el aliento—, Harrison Ford posó la vista en una luminaria. Es obvio.

—Está añadido en edición. Mejor enciendo mi ABI y salimos de una vez de toda duda —Ricardo estaba por dar la orden a la manilla. Su madre lo detuvo.

—¡NO! —intentó guardar la compostura—, no es necesario. Tienes razón, tú ganas. Sólo terminemos de ver la película.

Cuando el último replicante salvó la vida de Deckard, porque en su último instante amó la vida con mayor intensidad, le contó sus recuerdos consciente de su fin tan próximo. Finalizó el diálogo con: “Todos esos momentos se perderán en el tiempo, igual que lágrimas en la lluvia” madre e hijo recitaron cada palabra al unísono.

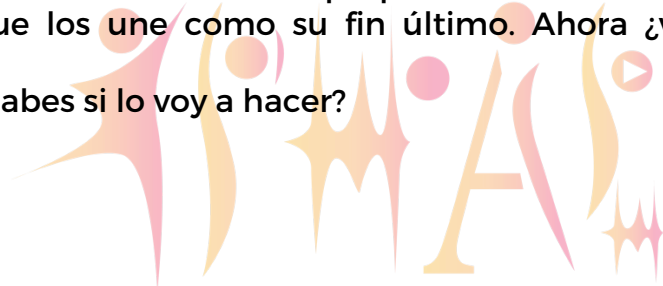
Al terminar la película, la pantalla se apagó dejando la sala en completa oscuridad y silencio hasta que Ricardo lo rompió con su voz monótona:

—¿Cuánto falta para que termines de copiar mi memoria? —Por primera vez, Encarnación no supo que decir. Se apretó el pecho, tosió. Mientras veía el brillo líquido de los ojos de su hijo se dio cuenta que no eran de generaciones distintas, eran de mundos distintos y ese era el tiempo del Nuevo Orden.

—¿Cómo sabías?

—Te dije que la red puede predecir casi todo y no nos importa compartir la información, así sabrán que mientras más intenten destruirnos, más se acercan a su propia extinción con armas, complots y todo lo que los une como su fin último. Ahora ¿vas a cumplir la apuesta?

—¿Ya sabes si lo voy a hacer?



—Sí —Se quitaron los trajes de astronautas. Se abrazaron como no lo hicieron en veinte años. Fue un abrazo largo y fuerte, hasta hacerse daño.

Cuando Encarnación estaba sola vio las memorias de Ricardo. Escogió sólo en las que ella participaba, la óptica de sí misma cambió. Nunca había sido la persona que creyó ser. Toda la noche volvió a ver crecer a su hijo hasta que también dejó de ser él. Antes del amanecer amó la vida con mayor intensidad, y antes de que los ingenieros llegasen, en una horda de buitres, salió rumbo al otro lado sin su traje, ya no lo necesitaría. Disfrutó del aire y la tormenta.

Al llegar al medio del puente se detuvo, miró hacia abajo y, mientras apretaba la tarjeta de los recuerdos de su hijo contra su pecho y sus lágrimas se mezclaban con la lluvia, pensó: «¿Treinta metros será medio minuto?».

